

# RUPERT SHELDRAKE

## Biología Trascendental

Nuestras ideas y actitudes podrían influir a distancia sobre otras personas sin que nos demos cuenta.



Las incisivas hipótesis de Rupert Sheldrake han hecho despertar de su letargo a la biología convencional. Su prestigioso historial incluye el haber sido director de estudios de biología celular y bioquímica en la Universidad de Cambridge e investigador miembro de la Royal Society británica, pero cuando, tras darle muchas vueltas, publicó en 1981 *UNA NUEVA CIENCIA DE LA VIDA* dividió a la comunidad científica en ofendidos y entusiastas. La seria revista *Nature* no tuvo reparo en clamar que el libro era «uno de los mejores candidatos a la hoguera en muchos años» y «definitivamente... una aberración intelectual». También Galileo y Darwin fueron objeto de ataques y burlas en su día, antes de que se les encumbrara a héroes de la ciencia.

Nacido en 1942, durante varios años Sheldrake ha repartido su tiempo entre el dar conferencias, escribir en Inglaterra y el trabajo en el Instituto de Investigación Agrícola de Hiderabad, en la India. En el milenar sub-continente Sheldrake también «amplió» estudios, conviviendo en el Shantivanam Ashram junto al Padre Bede Griffiths, un moderno sabio cristiano. Allí se gestaron sus hipótesis, que no son místicas, sino muy científicas, aunque algunos se resistan a aceptarlo; el propio Sheldrake ha sugerido sencillos experimentos que de no funcionar invalidarían su trabajo —de momento, los experimentos realizados lo apoyan—.

La hipótesis central de Sheldrake, la “Resonancia Mórfica”, postula que cada especie tiene un «campo» de memoria propio. Este campo estaría constituido por las formas y

actitudes de todos los individuos pasados de dicha especie, y su influencia moldearía a todos sus individuos futuros:

«Cada especie animal, vegetal o mineral posee una memoria colectiva a la que contribuyen todos los miembros de la especie y a la cual conforman. Si un animal aprende un nuevo truco en un lugar (por ejemplo, una rata en Londres), les es más fácil aprender a las ratas en Madrid el mismo truco. A cuantas más ratas londinenses se les enseñe ese truco, tanto más fácil y rápido les resultará a las ratas de Madrid aprenderlo.»

Ello permitiría explicar cómo adquieren los animales sus instintos, incluidas las complejísticas habilidades que muestran algunos animales desde pequeños.

También explicaría cómo se reproduce la forma de un organismo de generación en generación. El código genético sólo describe los aspectos menos sutiles de la herencia, pero no puede explicar por qué determinadas células de nuestro embrión se han diferenciado dando lugar a una oreja, un ojo, el dedo gordo del pie izquierdo, determinado tejido intestinal, etc. Según Sheldrake, adquiriríamos la forma que reconocemos como humana porque las formas de todos los miembros pasados de nuestra especie «resuenan» en nosotros, como ondas en un estanque, organizando la vía de nuestro crecimiento. A la vez, nosotros incorporamos nuestra forma a la memoria colectiva de la especie, engrosándola e incrementando así su influencia. Y al igual que las formas «resonarían» todo tipo de instintos y actitudes.

Estos hábitos de organización serían inherentes a toda la naturaleza. Por ejemplo, si elaboramos un nuevo compuesto químico, debería ser más fácil obtenerlo en otros laboratorios a medida que transcurre el tiempo, porque cuantas más veces haya cristalizado, mayor será su campo de resonancia mórfica. En realidad, hace décadas que los químicos reconocen este hecho; y hasta ahora, su explicación era que diminutas partículas del nuevo compuesto iban del laboratorio en laboratorio a través de las barbas de los químicos.

La revista inglesa *New Scientist* convocó en 1982 un concurso de experimentos para probar la hipótesis. El ganador fue un científico de Nottingham, que envió un poema

tradicional turco junco con una versión desbaratada del mismo poema que seguía rimando —la resonancia mórfica tendría que hacer mucho más fácil, para quienes no sepan turco, aprender el poema verdadero—. La idea se puso en práctica con tres poemas enviados por un poeta japonés: uno era un poema conocido por miles de niños, los otros dos fueron especialmente compuestos con una estructura parecida al primero. En los experimentos, realizados en Gran Bretaña y Norteamérica, el 62% de los voluntarios encontraron más fácil de aprender el poema original (que no sabían cuál era). Si no existe la resonancia mórfica, la dificultad de aprender los poemas habría de ser la misma para los tres.

En 1986, el Tarrytown Group de Nueva York concedió los premios de otro concurso. El primer premio, de 10.000 dólares, se repartió entre dos pruebas similares. Un psicólogo de Yale enseñó a estudiantes que no sabían hebreo palabras hebreas de tres letras, la mitad reales y la otra mitad falsas. Los estudiantes, que no sabían de qué iba el experimento, encontraron más familiares las palabras verdaderas. Por su parte un psicólogo inglés escogió palabras persas verdaderas y otras con letras mezcladas, y pidió a ochenta estudiantes que las dibujaran tras observarlas unos segundos. Ni ellos ni los jueces conocían el propósito del experimento, pero el 75% de los jueces consideraron mejor reproducidas las palabras verdaderas que las mezcladas.

Se han realizado también detallados experimentos por televisión, que muestran que cuando millones de personas son informadas en un país, por ejemplo Inglaterra, de cuáles son las imágenes ocultas en un dibujo, a los grupos de control que hay en países lejanos se les hace mucho más fácil descubrirlas. Pese a lo sorprendente de estos resultados, Sheldrake todavía considera que «con una hipótesis tan radical, hacen falta pruebas más contundentes».

Por otra parte, si la naturaleza evoluciona, ¿porqué no habrían de evolucionar también las leyes de la naturaleza? ¿Por qué las leyes que gobiernan el crecimiento de los naranjos tendrían que estar ahí antes de que existiesen los naranjos? En vez de leyes eternas e inmutables, Sheldrake plantea que las regularidades de la naturaleza podrían parecerse más a hábitos, que van modificándose lentamente con el tiempo.

La hipótesis de este biólogo londinense también permite suponer que la memoria no estaría almacenada en el cerebro (los repetidos intentos de localizar rastros de ella nunca han dado resultado). La "Resonancia Mórfica" se basa en la similitud; más sintonizamos con un organismo del pasado cuanto más similares somos a él. Pero el organismo más parecido a nosotros que ha existido hace una hora o un año éramos nosotros mismos. «Somos más parecidos a cómo éramos nosotros mismos que a cualquier otro organismo; creo que eso implica que estamos específicamente sintonizados con nuestro pasado, y explica por qué nuestro pasado influye sobre nosotros».

Pero también podríamos sintonizar con el inconsciente de otras personas, y ello nos acerca al inconsciente colectivo postulado por Jung. La sintonización por resonancia con la memoria reciente de otras personas puede igualmente dar explicación de fenómenos como la telepatía. Otro hecho curioso es que, si la resonancia mórfica facilita el aprendizaje, «en el presente siglo cada vez debería resultar más fácil aprender a ir en bicicleta, a conducir un automóvil, a tocar el piano o a utilizar una máquina de escribir, a causa de la resonancia mórfica acumulada de la gran cantidad de gente que ya ha adquirido estas habilidades».

Todo ello significa un renacimiento del vitalismo en el cuerpo de la biología. En el terreno ético la resonancia mórfica también tiene poderosas implicaciones: «De acuerdo con la resonancia mórfica, nuestras ideas y actitudes pueden influir a distancia sobre otras personas, sin que ni ellas ni nosotros lo sepamos... Creo que la única solución a nuestros problemas es un cambio en nuestra manera de pensar y sentir... Si nos desesperamos, creyendo que nada podemos hacer, esta actitud puede extenderse e influir sobre otras personas... Pero si creemos en la posibilidad de una nueva manera de vivir, nuestras acciones serán más positivas, y puede que nuestro ánimo y esperanzas se transmitan a los demás».

A este compromiso con la situación mundial Sheldrake añade una espiritualidad posiblemente brotada de su relación con Bede Griffiths. Al final de su segunda obra. La Presencia del Pasado (1989), más fácil de leer y más rica en ejemplos, señala que la ciencia no puede suministrar las explicaciones últimas:

«Podríamos contemplar el origen del universo y la creatividad que contiene como un misterio impenetrable y dejarlo así. Si decidimos explorar más allá, nos encontramos con la presencia de varias antiguas tradiciones de pensamiento sobre el origen creativo último, bien sea éste concebido como el Único, Brahma, el Vacío, el Tao, el Abrazo eterno de ShivayShakti o la Santa Trinidad.

»En todas estas tradiciones, tarde o temprano llegamos a los límites del pensamiento conceptual, y también al reconocimiento de estos límites.

Solamente la fe, el amor, la esencia mística, la contemplación, la iluminación o la gracia de Dios pueden llevarnos más allá.»

La resonancia mórfica de Sheldrake, todavía pronto para considerarla confirmada, sigue despertando adhesiones y rechazos. Entre quienes han mostrado su interés figuran Bohm, Dossev, Grofv Wilber. Éste último escribía' en [ 984, cuando apenas habían empezado los experimentos que la avalan:

«Por diversas razones, considero que su hipótesis es una de las presentaciones científicas más innovadoras, cuidadosas v refrescantes de la última década, especialmente entre lo que se conoce como ciencia 'nueva era' (es decir, el intento de síntesis de ciencia empírica y tradiciones trascendentes). Por un lado, está escrita en un estilo extremadamente meticuloso y claro. Nada tiene que ver con las nociones ambiguas y medio hinchadas (¿o debería decir hinchadas del todo?) que parecen definir las típicas confesiones del «nuevo paradigma», la mayoría de las cuales no son ciencia ni arte, sino evasiones. Por otro lado, Sheldrake no suscribe la estupidez de moda de que la física en cierto modo es la piedra angular de la verdad; de hecho, él rehuye los enfoques exclusivamente físicos y, siguiendo a Whitehead y Bergson, busca en los sistemas vivientes o biológicos verdades más fundamentales (o 'más elevadas'). A diferencia de Pribram, Zukav, el primer Capra, etc., Sheldrake rechaza considerar las interacciones físicas como paradigmáticas para el universo, y sus razones para este rechazo son una explicación clásica y elocuente de las limitaciones inherentes a extrapolar desde la física y la química al Mundo Entero. Finalmente, ya que afirma que es una teoría científica, hace lo que la mayoría de los científicos "nueva era" fallan en hacer: en la línea de Karl Popper,

propone maneras no de probar su teoría (cualquiera puede soñar supuestas pruebas), sino de refutar potencialmente su teoría, que es lo único que define una hipótesis científica. ¡Qué refrescante caso de competencia! A pesar de mi agnosticismo provisional acerca de su conclusión (agnosticismo que él científicamente comparte), me tienta decir que, en Rupert Sheldrake, tenemos la emergencia de uno de los primeros genuinos científicos 'nueva era', y, en el espíritu de su propia filosofía, ésta es una emergencia creativa que aplaudo con entusiasmo».